

alma y la razón formal de la perfección, están en el amor de nuestro Señor, en su amor eucarístico.

El medio más importante y esencial es el don de la propia personalidad.

Y la virtud práctica de este don es la humildad; la humildad de amor, esto es, no solamente la que se abate á causa de su nada y sus pecados, sino la que en todo renuncia á ser para sí misma su propio principio y fin, y no quiere vivir sino de Jesucristo, para Él y por solo Él, en el total anonadamiento de sí misma.



EL OBJETO DEL RETIRO ES PURIFICARSE

El más importante objeto, el objeto esencial de este retiro, es examinar el estado de nuestra conciencia, á fin de purificarla; estudiar los motivos, las ocasiones, la frecuencia de las caídas, para aplicar el remedio.

I. ¿Nos hallamos en estado de gracia? ¿Estamos en él habitualmente? ¿Somos vivientes? Todo está en eso.

Investigar el grado de vida ó muerte en que nos hallamos; si cometemos, y en qué, por qué, y cómo, pecados mortales, pecados veniales; y sobre qué versan nuestras imperfecciones más frecuentes.

Pudiéramos hallarnos en estado de conciencia culpable mortalmente, pues cabe en lo posible; mas yo espero que no sea así, si bien nos hallamos expuestos á caer en ese tristísimo estado mientras vivamos en este mundo.

Para lograr que caigamos en él tenemos siempre la triple concupiscencia que nos combatirá encarnizadamente, y hasta el postrer aliento sentiremos en nosotros la guerra de los dos hombres; pues nunca

el hombre carnal aceptará el señorío del hombre espiritual, á la vez que éste será necesariamente subyugado por el otro, como no se sostenga por la guerra; guerra que, pese á nuestro deseo, durará lo que nosotros y que es tanto más penosa cuanto que en nosotros y por nosotros se verifica, por doquiera la llevamos y nos amenaza de continuo el peligro de sucumbir en ella.

¡Ay! ¡Qué bien entiendo que exclamase San Pablo: «Más vale la muerte que semejante vida!»

Por otro lado, ¿no tenemos al demonio que nos tienta, nos persigue sin tregua y con tanto mayor odio cuanto más somos de Dios? — Harto se comprende que sea así: los ladrones no atacan á los mendigos, y en la guerra llaman la atención los jefes. Por nuestra vocación estamos más próximos á Jesús, con Él vivimos en intimidad, y por eso, como Satanás no puede tocar al Señor, vuelve su rabia contra nosotros y por lo menos quiere que sirvamos mal á Dios, si es que no logra arrebatarnos á Él por completo.

De ahí procede que en la vocación eucarística se padezcan con frecuencia tentaciones que hasta entonces no se habían conocido, tentaciones más largas, terribles y abominables, aun al pie del Santísimo Sacramento!

Mirad, pues, de dónde procederá la tentación, con suficiente energía para rendiros: de vosotros mismos y del demonio que contra vosotros obra.

Y en pos de vosotros, ¿no van también la imaginación con sus recuerdos y el hombre natural, vendido á la iniquidad?

Pero diréis: ¡Tengo la fe! — Es posible, pero el hombre natural no la tiene; vuestro corazón carnal

no ama á Dios, sólo se ama á sí mismo. ¿Creéis que vuestro cuerpo quiera la mortificación, cuando no es otra cosa que un animal que ve los dos lados del camino orlados de lo que apetece, lánzase á ellos de continuo y, á pesar de los golpes, siempre torna á dirigirse á ellos?

Vuestro cuerpo no es sino el cerdo que se deleita en revolcarse en el cieno: *Sus lota in volutabro luti*; el perro que se empeña en comer lo que ha vomitado. ¡Oh qué fatiga la de tener semejante cuerpo de bestia juntamente con un alma de ángel hecha para Dios! — Mas tal es la condición: todos somos hijos de Adán pecador.

Otra ocasión de pecado es el mundo. — Cierto que lo habéis dejado; pero sin verle, se le ve todavía demasiado; no ya el mundo del escándalo, pero como quiera que sea, el mundo tiene siempre los peligros del mundo; por manera que si los mismos ángeles se tornasen visibles, yo os digo que también serían para nosotros materia de tentación. ¡Triste cosa que dimana de nuestro natural perverso, que todo lo corrompe! ¡Oh! No hay atrevimiento para creer — y fuera demasiado espantoso — cuán fácil es el pecado aun entre las más inocentes criaturas. ¡Pues qué! ¿No pecaron los ángeles en el cielo, delante de Dios, y Adán en el paraíso terrenal?

Bien se me alcanza la razón de que los Santos huiesen al desierto, y de que otros vayan á encerrarse en una Trapa con objeto de escapar de los peligros del mundo!

Nuestra vocación no nos ha llevado á una de ellas. ¡Si al menos durante el retiro nos encerrásemos en una Trapa!

Y con todo, por el hecho de huir no está todo

terminado, pues la tendencia al mal nos sigue por todas partes.

¿Y si yo fuera á encerrarme en la Cartuja?—Allí os llevaríais á vosotros mismos y os seguiría el demonio. ¿No tendríais siempre vuestra imaginación y vuestro cuerpo? Mirad á San Jerónimo, transportado todavía por su imaginación al centro de los bailes de Roma, cuando ya había pasado veinte años en la tan santa gruta de Belén.—No es la soledad la que forma los Santos, sino la voluntad; pues lo mismo frecuente el demonio las ermitas que las grandes poblaciones.

¿Qué hacer entonces?—¡La guerra! Nunca más digáis: «Si yo estuviera en tal ó cual parte.» No: dondequiera tenéis en vosotros mismos á vuestro más cruel enemigo. Aparte de que la paz no consiste en no padecer tentaciones, sino en no ofender á Dios.

¡Ay qué miseria! Luego ¿qué somos, Dios mío?— ¡Y se buscan algunas veces motivos de humillación! ¡Y hay quien se queja por no encontrarlos! Humillaos en vuestro lodo, pues nada hay como vosotros tan despreciable y bajo, ni aun los más repugnantes animales, porque siquiera no se degradan ellos mismos.—¿De veras buscáis motivos para humillaros? Pues hartos tenéis por donde incurrir en los castigos eternos; hartos motivos tenéis en vuestros pecados, en vuestra vida pecadora, por lo que mereceríais ser arrojados de la presencia de Dios y de la reunión de los Santos. ¿Que cómo es eso y si es posible? ¡Ah! ¡Ya lo creo! El pecado es una lepra, y sabido es que los leprosos son expulsados de la sociedad humana.

II. Pero ¿en qué punto del mal estoy? A esa pregunta hay que ceñirse durante el retiro. ¿Me hallo en estado de gracia respecto á todo pecado

mortal? ¿Qué pecados veniales he cometido? ¿Cuáles de estos conservo por afecto? ¿La falta de contrición no ha inutilizado mis confesiones?

El caso es que yo no tengo más que pecados veniales, y el pecado venial no mata.—Cierto: no matan los pecados veniales; pero aguardad la ocasión, y ya veréis si no son causa de vuestra muerte.

Aunque observéis regularidad en vuestros ejercicios y como los demás vengáis á la adoración y á los oficios, si venís con la conciencia cargada, paráliticos estáis y de nada os aprovecharéis.

Confío en que no me hallo en esa situación, y todo lo más que tengo es una duda.—Pues salid de esa duda, poned en claro vuestras cuentas; que no es cosa de fiarse, sino de estar cierto, y sabréis la verdad examinándoos seriamente á la luz de vuestro confesor.

Es muy poco el cuidado que se pone en no familiarizarse con los propios defectos, olvidando que es preciso presentarse siempre ante Dios como un sujeto nuevo que no contrae hábito alguno torpe, aunque no desconozco que fácilmente deja de hacer impresión en otro ánimo, en razón de su misma uniformidad, el ambiente de santidad en que se vive, y que fácilmente se vuelve uno inútil en el estado más perfecto.

¡Oh cuánto urge velar, para ser algo más que sepulcro blanqueado! Más fácil es parecer perfecto por de fuera, cuando uno en su interior es absoluta nada, que si es santo interiormente parecerlo también en lo exterior; porque quienes se aplican por dentro, es poco lo que reparan en ciertas miserias exteriores que les quedan, pues Dios también permite que permanezcan para humillarlos, mientras que los demás desdeñan todo cuidado interior y sólo en pintarse piensan y en afeités.

¿Es ese mi estado? —Tal vez. —Observad atentamente si adelantáis en desprenderos de vuestros pecados. —¿Crecéis en pureza? —Bueno. —¿Pero estáis siempre á la misma altura? —Mucho cuidado, porque esas aguas estancadas se corrompen y van á engendrar la muerte. —¿Acaso sois menos puros y pecáis más fácilmente? — ¡Oh desgraciados, que con sueño mortal se ha aletargado vuestra conciencia!

Tened cuidado, pues á eso se llega insensiblemente, y nadie hay tan inclinado á la pereza y negligencia en velar sobre su conciencia como las personas devotas y los religiosos. ¡Cuántos hay que hallándose al servicio de Dios carecen de todo deseo de corregirse y adelantar y tienen embotada la conciencia! — El buen cristiano, expuesto en medio del mundo, vela aun sobre las menores cosas y de continuo pelea por causa de los peligros que le cercan; más, por el contrario, aquéllos déjanse llevar de su regla de vida que á todo provee, así como por su estado, que es de suyo más perfecto: de igual manera obraría el viajero que se dejase instalar en un buque sin previa averiguación de adónde se dirigiría. Y ello es que mientras unos barcos van á Cayena, otros van á las islas Afortunadas. — Vosotros, ¿adónde váis?

Por lo tanto, hay que velar: es necesario tener la vista puesta en los propios pecados, en sus principios y ocasiones; no ama á Dios quien no se purifica de sus pecados, en la voluntad á lo menos, y no es uno religioso en tanto que no se ha hecho hombre puro y delicado en todo lo que afecta á la conciencia.

¿Sabéis qué cosa es la delicadeza? —Pues es el corazón del amor; de suerte que si no tenéis delicadeza con Dios, carecéis de corazón; ¡y no seréis más que fingidos religiosos si aun la consideración del

pesar que váis á causar á Dios no os aterroriza!

Consiste la delicadeza en no permitirse cosa alguna que pueda ofender á Dios y en abstenerse hasta de aquello que es malo solamente en la apariencia; constituye el honor de la posición y de la vida y se la custodia por respeto á Dios y en honra de su servicio. Carecer de aquélla es señal de que se ha perdido el sentimiento del honor, de que se ha llegado al endurecimiento ó al embotamiento del hombre que embriagado arrástrase por las calles sin sentir ni aun vergüenza de su estado. ¿Hay algo por ventura que pudiera avergonzarle? ¿Acaso se tiene por hombre todavía?

¿Os habéis reducido á tal extremo? ¿No sentís ya vuestros pecados, ó si los notáis dejáis de corregiros? —No; siempre recaigo en los mismos, sin fijarme gran cosa en ello. — ¡Pero entonces estáis muertos! ¿Os falta la sensibilidad! No hay estado tan espantable como el de ser insensible á los pecados propios.

Conozco que el no pecar jamás no esta en nuestra mano; pero en lo que consiste el mal es en no ver nuestras faltas. Así es que mientras los Santos veían hasta los átomos, nosotros no percibimos ni las rocas.

— ¡Pero si eso que decís hace temblar; y es seguro que tendré miedo si me paro en semejantes pensamientos! — Tanto mejor: el temor es el principio de la sabiduría. — ¡Pues qué! ¿Seríais capaces de conocer vuestros pecados y no trataríais en modo alguno de corregiros de ellos? Pues en eso está el mal, en que estáis mortalmente enfermos y como agua bebéis la iniquidad.

Poned, pues, la mano sobre vuestra conciencia; sondeadla y escudriñad perfectamente vuestros pe-

cados mortales, veniales ó contra las reglas. Si vais entrando en ellos, os asemejaréis al sol que se acuesta entre neblinas y va á desaparecer, dejando la noche, el frío y la muerte; mas yo os pregunto: ¿subisteis como ese astro á vuestra plenitud de mediodía?

Tened cuidado, pues camináis á la pérdida de vuestra vocación, ora seáis novicios, ora profesos. Nuestro Señor se apresta á vomitaros.—¿Qué hacer entonces? Dad inmediatamente á nuestro Señor un cordial, diciéndole desde el fondo de vuestro corazón: «No, Dios mío, no quiero pecar más.»

¡Qué severo es esto! Pero es la pura verdad. Harto sé que no engullís pecados grandes como camellos, pero sé también que un agujero como cabeza de alfiler basta para que se sumerja el más potente buque.

No me habléis de religiosos que conviertan en oficio la santidad de su estado, pues en vez de éstos preterito á los pecadores de camino real, supuesto que, si se convierten á Dios, se les hace subir en cuatro días cuatro grados de virtud, en tanto que aquellos otros púdnense al sol y cerca de un gran fuego se enmohecen hasta que nuestro Señor los echa fuera; pues á eso se llega necesariamente.

¡Cuántos religiosos muy antiguos dejan al Señor á quien se habían dado y se vuelven al siglo como apóstatas! Se van por sí mismos, sin que los despidan, ni más ni menos que á consecuencia de su desidia convertida en hábito inveterado de pecar. Y no es que sean pecados graves, sino un estado de rutina y de afecto al pecado venial.

No digáis: «Soy Adorador; mi vocación es sublime como la de los ángeles y los Santos; pertenezco á la

familia de nuestro Señor;» porque aunque es mucha verdad, no lo es menos que vuestros deberes guardan proporción con la altura de esa vocación. ¿Habéis calculado esto bien? ¡Ay, que ni siquiera se piensa en ello! Vívase de continuo en la gloria, poseído del honrosísimo puesto á que la bondad de Dios nos ha llamado junto á su Hijo. Pero ¿caso creéis que esa misma gracia no se os puede retirar si dejáis de corresponderle? ¿Os debe algo Dios?

Nos parecemos á aquellos pobres Apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo. Ocupado constantemente el pensamiento de ellos en la gloria de su vocación, no hablan más que de su excelso Maestro, de su reinado futuro, en el cual aspiraban á ser consejeros y ministros... Menospreciaban de buen talante á los demás.—Mas ¡ay! que ya los vimos en el día de la prueba.

Y notad bien á qué extremo los llevaron sus pecados, aunque no excedían de veniales: huyeron, y su Jefe renegó de su Maestro.

¡Ah! No hablemos tanto de nuestro gran Señor, de nuestra sublime vocación, y hablemos algo más de lo que le debemos.

Este retiro es sólo para eso. Todo el año es para hablar de nuestro Señor y exaltar su reino, mas en el presente retiro no se trata sino de nosotros y de nuestras obligaciones: es menester despertarnos. Estamos medio paralíticos y necesitamos un tratamiento cálido y enérgico: seguidlo durante este retiro, para que consuma todo lo que en vosotros hay de imperfecto y pecaminoso.

Como el retiro os purifique, habrá realizado todo cuanto os era menester que hiciese.

III. Por la pureza, para aumentarla y defenderla

practicaréis todas las virtudes y seréis Adoradores perfectos; porque si sois puros en vuestra conciencia, será puro vuestro servicio y digno de Jesús Sacramentado, y os avergonzaréis de venir á adorar á nuestro Señor con un corazón manchado y á colocarle sobre un trono de cieno.

¿Se presenta alguien con vestidura sucia y desgarrada á algún señor de respeto?

Siendo puros, desempeñaréis aptamente la misión que la Iglesia y la Asociación os confían, delegándoos para la Adoración, pues á ella venís en nombre de la Iglesia, de vuestros hermanos y de los pecadores para interceder por todos.—Pero si también vosotros sois pecadores ¿qué es lo que os proponéis? ¿Insultar á Jesús Sacramentado?—La primera cualidad de un mediador ha de ser la de agradar á la persona ante la cual se dispone á interceder. ¿Y vosotros pondríais ante el Padre al verdugo de su Hijo? Si personalmente causáis horror ¿cómo podréis agradar en beneficio de otros?

Si por no causarle rubor, no se atreve uno á mirar al que tiene un cáncer en la cara, ¿pretenderíais que nuestro Señor os viese complacido, desfigurados por el pecado, mucho más horroroso que los cánceres todos?

Al fin y al cabo, Dios conoce nuestra miseria y no se daría por ofendido de ella.—Cierto es que conoce la que de nuestra pobre naturaleza proviene y se apiada de ella, pues por algo somos los pobres del Santísimo; pero la flaqueza de la voluntad, en las que se incurre por indelicadeza y porque se prefiere uno á Él, esas Dios no puede sufrirlas: le horrorizan en términos que mejor quisiera enviar á un ángel que, como á Heliodoro, os arrojase de su presencia.

Por consiguiente, sed puros á fin de servir decorosamente á nuestro Señor; á eso debéis tender, pues es la primera condición, sin la cual nada vale todo lo demás. No se entra en el cielo sino con la ropa emblanquecida en la sangre del Cordero, y si no está blanca del todo, se va al purgatorio para acabar de purificarla.—Ahora bien: no es en el cielo, sino en la tierra, donde vosotros servís á nuestro Señor.

Por último, venís á la Adoración para glorificar á Dios con vuestros homenajes y alabanzas y para rodear su trono eucarístico, así como los ángeles y Santos cantan al pie de su trono de gloria.

Y decidme ahora: ¿pensáis que os sea permitido glorificar con labios impuros á Dios?

Trono de oro puro habéis de erigirle por vuestro amor en vuestros corazones, así como los sacerdotes le alzan tronos en los corazones de los fieles; pero á un trono de lodo, ¿juzgaréis que subiera con placer?

Luego, ante todo, tenéis que convertirlos en hombres puros, sin lo cual nunca seréis servidores capaces de agradar á vuestro Señor. Lo que os pido para esto es que penetréis en vuestro interior y os examinéis á fondo, sin que os fiéis jamás de lo que vuestra opinión dice que sois, sino que os déis cuenta exacta de todo.

Examinad también si vuestras comuniones y adoraciones, si toda esa vida de adoración os va engrandeciendo; porque si no es así, decidme: ¿eso es vida ó es agonía?

¿De dónde se origina todo el mal? De la mala voluntad; de que no queremos seriamente entrar en la vida de Jesucristo, pues no lo queremos sino con

ciertas condiciones: lo queremos por una cosa sí y por otra no.

Entrad, pues, en vosotros mismos, que en el mundo hubierais podido salvaros cumpliendo la ley y disfrutando de los bienes y placeres lícitos de aquél. — Mas si dijisteis: «seguiré el camino estrecho, con abandono de padres, familia y libertad», y dejándolo todo os vinisteis en seguimiento de Jesucristo, ¿os parecería ahora bien no hacer nada mejor que lo que hacen los que en el siglo viven y nada ganar más que lo que ganan ellos para el cielo?— ¡Entonces hemos engañado á Jesús sacramentado!

Enciéndeseme el rostro de vergüenza cuando pienso que era más perfecto en el mundo que ahora. He ido haciéndome á Dios sin notarlo lo más mínimo. ¡Oh qué mal tan grande!

Para salir de él, examinad estos tres puntos: ¿Tenéis seguridad de hallaros en estado de gracia? ¿Sois fieles en su santo servicio? ¿Qué gloria procuráis á nuestro Señor?



PROVECHOS DE LA VIDA RELIGIOSA

DICE la *Imitación*: «Pregúntate con frecuencia para qué dejaste el siglo y entraste en religión. ¿Acaso no fué para servir á Dios y convertirte en hombre espiritual?»

Hay que penetrarse de la alteza de la gracia que nos ha hecho Dios con retirarnos del mundo para ponernos en la vida religiosa; gracia de infinita misericordia, tanto en razón de los peligros á que nos arrebatara, como por los medios de salvación que nos entrega.

I. Esto sentado, digo que primeramente hemos abrazado la vida religiosa para ponernos al abrigo de los peligros del mundo; pues en verdad que son muchos sus riesgos, en los que facilísimamente hubiéramos podido perdernos como tantos otros mejores que nosotros. Pero sentimos nuestra flaqueza y tenemos condenarnos en él. Estábamos sujetos á la ley de nuestros miembros: ¿quién sabe si ya habríamos naufragado, y si estaríamos heridos?— Y además, si le habíamos ya servido, conservaba su imperio sobre nosotros y temimos recaer para siempre bajo su yugo.

Porque nada hay más espantosamente cierto que el siguiente principio: lo que alguna vez nos ha so-
 juzgado, tiene siempre potestad sobre nosotros, aun
 después de nuestra liberación. Tal es la ley de la
 fuerza contra la debilidad, el castigo que en pos de
 sí arrastra el pecado. No de otra cosa procede que
 tantas personas convertidas y purificadas, sucum-
 ben nuevamente á la primera tentación, á la prime-
 ra ocasión que se les presenta, mostrándoles á su
 antiguo señor: se ha apoderado de ellas nuevamente
 la antigua ley. — El mal ejerce un influjo magnético;
 deja semillas, pavesas que al menor contacto se
 encienden nuevamente, como leño ya quemado; hay
 de su parte una inveterada simpatía que seduce. Con
 razón dijo San Juan que el que cometía pecado ha-
 cíase esclavo de éste. Y le pertenecerá por mucho
 tiempo, aun después de haber sacudido sus cadenas;
 es el desquite de Dios contra el pecador. Al rechazar-
 se el yugo divino se cae bajo el del demonio.

Hemos, pues, temido ser juzgados para siempre
 como tantos otros, y nos hemos guarecido aquí. Y
 en verdad que hicimos bien; obrado habemos con
 prudencia. Conforme á la antigua ley, el caudillo del
 ejército tenía que decir: «Retírense los que tengan
 miedo.» Y como no les daba vergüenza de hacerlo,
 tenían en ello una prenda de seguridad, así el ejérci-
 to como ellos.

De igual manera dijo Dios á Abraham que dejase
 la tierra de Ur, donde no había de santificarse, y
 también hizo salir de Gomorra á Loth, aunque seguía
 siendo santo en medio de aquella ciudad abomina-
 ble. Dios obra prudentemente, y la primera y más
 laudable prudencia consiste en evitar el peligro. ¿Qué
 es ese puñado de soldados que se lanzan de continuo

hacia adelante? ¿Qué significan esos jóvenes pre-
 suntuosos que con tanta temeridad arrostran los
 mayores peligros é intentan convertir á todo el mun-
 do? Pronto serán castigados, porque siempre á la
 presunción sigue el castigo.

Heridos ó conociendo que lo seríamos infalible-
 mente, nos hemos retirado á la fortaleza en compa-
 ñía de los que son incapaces para luchar en campo
 raso; de modo que la vocación es primeramente un
 negocio de prudencia y de amor á la propia salvación.
 Así es que no hay motivo para ufanarse por haber
 dejado el mundo y héchose religioso, supuesto que
 en beneficio nuestro lo hemos hecho, y únicamente
 ganar podíamos en el cambio.

Harto sé que hay dificultades que superar, y que
 esto es meritorio; pero el trabajar en beneficio pro-
 pio cuesta poco. — ¿A qué precio no se hubiera com-
 prado un sitio en el Arca? ¿A qué precio no se debe-
 rá comprar un puesto en la vida religiosa, verdadera
 arca de salvación cuyo piloto es Jesucristo?

Léese en el Evangelio que habiendo un hombre
 hallado un tesoro fué á esconderlo en un campo, y
 después, vendiendo cuanto tenía, compró aquel cam-
 po. Pues bien: por la vida religiosa todo debe ser
 vendido, porque es el tesoro incomparable.

Representa, pues, dicha vida una elección pruden-
 te que habéis hecho, enteramente en beneficio vues-
 tro y por la cual no habéis de ser pagados, supuesto
 que no se paga al enfermo por curarle, ni al hués-
 ped por haberle recibido. Por consiguiente, vivid
 reconocidos por cuanto en ella os aguantan, y na-
 die diga: «Me debe la religión, porque la sirvo.» —
 ¿Qué servicios prestáis? Más bien le servís de peso,
 pues mientras los demás aspiran al cielo, vosotros

con vuestro ejemplo tiráis de ellos hacia la tierra.

Por eso no me asombro de la severidad que los antiguos Padres del desierto mostraban en admitir discípulos, á quienes desde luego recibían con desprecio, los humillaban y hacíanles esperar y gemir en la puerta mucho tiempo; los mortificaban y durante muchos años sometíanlos á toda clase de pruebas: por manera que sin preceder todo eso no les daban entrada en sus monasterios.

Hoy falta fe para sufrir tales experimentos, y sólo se habla de los derechos que se tienen.—¿Derechos á qué? ¿Tenéis la bondad de decírmelo?—¿Queréis ser aprendices?—Pues humillaos, servid y aprended. La vida religiosa nada espera de vosotros, sino que vosotros sois los que de ella esperáis; y no son vuestros servicios lo que pide, sino á vosotros mismos.

Un solo derecho tiene el religioso: el de ser humillado y despreciado; nada más—¿Estimado? ¿Honrado? ¿Cómo es eso? ¿Venís á pretender y á recibirlo todo de la religión que os da paz, salvación, perseverancia y que os arranca al mundo y á vuestra perniciosa y todavía solicitariais honores? ¿Querriais que por estos beneficios que recibís os recompensasen y se os pagase?

Lejos de semejantes pretensiones, asíos á ella, pese á cuanto allí pudierais sufrir, como á vuestro único refugio de salvación; allí está la gracia necesaria, indispensable para vosotros, por lo cual si por una puerta os echasen volved á entrar por la otra, y antes que permitir que os arrojen, agarraos á los paños de altar.

Observad cuán desgraciados son los que se salen; pedid á Dios diariamente que os conserve en ella,

mientras que por parte vuestra hacéis todo linaje de esfuerzos para merecerlo, porque es misericordia y favor, nunca un derecho. No contéis demasiado con vuestra gracia ni con el llamamiento de que habéis sido objeto, como no cooperéis con toda actividad. Cuando uno es llevado por la gracia, puede tenerse por fuerte y generoso; pero abandonado á sí mismo, se le verá rendir las armas al primer embate y sumirse en ignominia.—No se sostiene uno contra sus sentidos sin el antemural de grandísima virtud, además de que hay flores que sólo viven en cálido invernadero y bajo campana: y de esas sois vosotros. Si no lo creéis, experimentadlo; pero no, ¡que Dios os libre de intentarlo en caso alguno!

II. No sólo os preserva la vida religiosa del peligro de perderos, sino que también os da los medios más seguros y abundantes de salvación.

Allí se es objeto de cultivo, como flor de jardín privilegiado que la Iglesia cultiva para su Esposo: *plantatus in domo Domini*; plantado ha sido como por Dios y cultivado por Jesucristo con toda especie de cuidados.

Allí podan á uno para que dé más frutos. Ya sabéis que al buen árbol es al que se poda, á causa de que, desparramada en harto pequeñas ramas la fuerza nutritiva, no los produciría buenos; échase abajo el mayor número de pimpollos y se pone únicamente la mira en los principales que ofrecen esperanzas. De igual manera en la vida religiosa se os quita cuanto pudiera distraeros, repartiros y se os reconcentra sobre lo único necesario.

Allí os señalan tarea, os dan completamente preparada la parte de trabajo que á cada día corresponde y á cada instante, y no se os pide que tejáis

la vestidura de nuestro Señor que habéis de llevar, pues os la dan hecha y lo que falta únicamente es que la adornéis. Como al criado del Evangelio que recibió los cinco talentos para hacerlos producir, os da Jesucristo los caudales de la vida religiosa; á vosotros toca aplicarlos en hacerlos fructificar por los medios más oportunos.

Quisiera nuestro Señor que fuésemos como aquellos árboles del Oriente siempre verdes á la vez que cargados de flores, capullos y maduros frutos.

De su Iglesia, de sus Santos, de sus gracias, de todo disponemos en la vida religiosa.

¡Cuánto infortunio es que medios tan eficaces no puedan volvernos buenos! ¿Por qué?—El grano es malo, está interiormente dañado, tiene una enfermedad oculta que mata dentro á la planta.

Si no progresamos, si siquiera no nos conservamos, habrá que confesar que somos harto malos cuando volvemos inútiles gracias tan poderosas. ¡Ah! ¿qué hubiera sido de nosotros en el mundo?—¡Ya hace mucho que estaríamos muertos!

Busquemos, pues, compensación al tiempo perdido, conquistemos lo que nos falta; seamos más fieles. Si á pesar de tantas gracias llegásemos á perdernos, se demostraría que desde el principio minaba nuestras raíces un pernicioso gusano que chupaba toda la savia, haciéndolo todo inútil.

¿Hacéis todos vuestros ejercicios lo mismo que vuestros hermanos y no sacáis provecho de ellos? Entonces tenéis en la sangre un vicio oculto, una enfermedad. Hanse visto familias reales adoptar niños hallados y procurarles la más alta educación, sin perjuicio de lo cual llegó día en que se revelaron los groseros instintos de éstos, y en vez de princi-

pes, que se había querido hacer de ellos, obtuviéronse fatuos orgullosos ó crueles tiranos.

A recogernos de nuestra bajeza y profundísima miseria ha venido Jesucristo, para convertirnos en hombres según su Corazón. ¿Será cosa de que se haya engañado?—Semejantes á leones que se ha querido amansar y que paulatinamente recobran su ferocidad natural, ¿enseñamos ahora las garras? ¿Seríamos cual lobatos que la Asociación, como buena madre, amamantara, creyéndolos hijos suyos, y osaríamos ahora alzarnos para devorarla? Mas no lo podréis lograr, porque dimana de Dios, que seguirá protegiéndola como hasta hoy, porque es suya, mientras que sobre vosotros recaerá el castigo, pues os penará por ingratos y parricidas que no han sabido comprender su infinito amor.

Ea, pues; ved si os aprovecháis de las gracias de la vida religiosa. Si es que no, á nadie os quejéis sino á vosotros mismos; pues la causa es que no pertenecéis á aquélla por entero.

En vez de encerraros en el círculo de la perfección y decir «no saldré de aquí, cueste lo que cueste,» os trazáis una línea según vuestro capricho, y ponéis condiciones á Dios. ¿Qué sucede? Que halláis en religión los mismos peligros que en el mundo; de modo que os condenáis en el mismo puerto de salvación.

